

todos los rayos del dinamismo? Y si todas las medicinas dinamizadas pueden obrar, ¿por qué no podrían curar á las enfermedades de fisonomía semejante? Y, finalmente, si todos esos hechos pueden ser obtenidos, ¿por qué los nuestros no serían positivos? ¿por qué queréis negarnos el poder de haberlos obtenido?

La respuesta á todos esos «por qué» nos favorece de la más clara manera.

Ya lo véis, pues, ese cadáver, primero movió un dedo, un ojo, después todos sus miembros; en seguida se ha levantado y ha marchado, y camina y caminará siempre!.....

He aquí hechos positivos generales, y os pregunto, ¿qué prueba un fracaso contra tantas pruebas? Esto sería sitiar á una ciudad con un sólo cañón y una sólo bala.

Cuando dividí los hechos positivos en generales y en particulares, tuve la intención de colocar en esta última categoría, algunos casos muy ricos en interés. Pero, me asaltó una idea que, me obliga á omitirlos. En efecto, ¿de qué sirve citar algunas observaciones? Para aquellos que creen, no hay necesidad, y respecto de los que no creen, los miro como ausentes. Y, además, me digo si los que han visto, palpado, manejado los hechos,

permanecen incrédulos, ¿qué harán las simples aserciones á los que no han visto, y no quieren ver?

Varias veces, en efecto, he puesto á los médicos ante hechos clarísimos; ellos no se han convertido. Me acuerdo que un interno del Hotel-Dieu, cierto día me vino á ver y me dijo:—«Tengo una enfermedad, de la que me trato hace algún tiempo, y aun no he podido curarme;—os ofrezco una bella ocasión de hacer una conversión á la Homeopatía, tratadme, y veamos si tenéis éxito.—Le dí inmediatamente algunos glóbulos de la medicina que juzgué semejante á su enfermedad, y algunos días después, estaba curado.

Este interno ahora es doctor, pero doctor alópata; debo confesar, sin embargo, que no es hostil á la Homeopatía, cuando nos encontramos no se avergüenza de estrecharme la mano.

Me acuerdo todavía de haber llevado á ver algunos enfermos, á otros dos internos del mismo servicio. Les he hecho ver á la Homeopatía en acción; un día, ambos han comprobado una peritonitis muy caracterizada, en un niño de doce años. Quedaron admirados de no ver ni sanguijuelas, ni vegigatorios, ni fricciones mercuriales, etc., vieron que no daba yo más que glóbulos, y fueron testigos del éxito más

positivo; por lo que ambos, hoy doctores, pero doctores alópatas, son sin embargo—me complazco en decirlo—pequeños amigos de la Homeopatía, y del todo, buenos amigos del homeópata.

Por lo demás, es fácil observar que los médicos jóvenes abren más fácilmente el oído á la voz de la verdad; los viejos aman lo viejo, y, enemigos de todo progreso, creen que la ciencia está adherida á sus pasos helados, y que bajará á su tumba, para participar de la almohada de su último sueño.

Terminaré esta conferencia refiriendoos, con algunos detalles, un hecho que es á la vez general y particular. Quiero hablar de la Homeopatía en el camino de hierro, de Nimes.

Después de la epidemia del cólera, que estalló en el medio día de Francia, en el verano de 1854, y produjo muchas víctimas, los obreros del camino de hierro elevaron una petición para tener un médico homeópata. Esos obreros forman una sociedad de socoros mutuos; cada mes enteran una suma á la caja, y esta suma, está destinada á socorrerlos durante sus enfermedades, ó en los accidentes que les sobrevienen.

En Nimes, los talleres son muy considerables.

No he tratado de saber el número

exacto de familias; pero ahí debe haber más de dos mil personas. Dos médicos alópatas estaban dedicados hacia algún tiempo, al servicio de la sociedad. Pero, testigos del éxito que la Homeopatía había obtenido en el tratamiento del cólera, en Marsella y en Nimes, los obreros se coaligaron para pedir á un médico homeópata; se abrió una lista que se cubrió de firmas y fué enviada á donde convenía.

La calumnia se complació en decir que yo era el promotor de esta petición, y que que no había sido hecha, sino por mi instigación.

Si esto fuera cierto, no sería un crimen, pero juro ser completamente extraño á esta petición.

Ya había sido redactada y poseía, más de las dos terceras partes de las firmas, sin que yo supiera nada. Grande fué mi admiración, cuando uno de los jefes de la administración, me dió conocimiento de ella.

El comité de la sociedad, en su próxima sesión, decidió que se pudiese á prueba á la Homeopatía, durante tres ó seis meses, y se reservó el derecho de admitirla ó de desecharla, cuando la experiencia hubiera probado sus resultados positivos ó negativos.

El 1° de Noviembre de 1854, fué agregado á los otros dos médicos, «á título de ensayo.»—Tengo

razones particulares para declarar aquí todavía, que yo no he hecho ninguna gestión para alcanzar ese favor.

Tuve mucho cuidado entonces, de rodear á mi práctica de todas las precauciones necesarias, y de alejar todos las probabilidades posibles de fracaso, que pueden ocasionar la imprudencia, la negligencia ó la hostilidad. Podía contar con los medicamentos que iba á emplear. Podía descansar en la conciencia del Sr. Ducros, nombrado farmacéutico especial de la administración, y aceptar sus excelentes preparaciones, con la mayor seguridad. En las medicinas homeopáticas, los reactivos químicos, no tienen nada que ver, y es preciso, ante todo, en estas especies de experiencias, tener un farmacéutico concienzudo.

Es inútil entrar aquí en mayores detalles. Al cabo de tres meses, juzgué suficiente la prueba. Escribí una carta al señor presidente de la comisión de administración, esta carta era la rendición de cuentas de mi conducta, y de los resultados que había obtenido. En ella expuse el número de los miembros que yo había asistido, el número de recetas, la suma que costaron, etc.

Después de haber deliberado la comisión, recibí la respuesta siguiente del señor presidente:

«Señor:

«Tengo el honor de informaros, que la comisión de socorros de las líneas de la margen derecha del Ródano, os ha nombrado adjunto definitivo de los dos médicos encargados del servicio de sanidad en Nimes, y ha fijado vuestros honorarios en á partir del 1° de Noviembre de 1854, fecha de vuestra entrada en ejercicio.

Recibid, etc.»

Desde entonces mis honorarios tres veces han sido aumentados sin «ninguna observación ni reclamación de mi parte.» Siempre me he sorprendido cuando se me ha hecho la notificación.

Este detalle es pueril, convengo en ello, pero, prueba evidentemente, que la administración quedó muy satisfecha de la Homeopatía.

Hé aquí un hecho que, tiene un grande alcance relativo, extiende su importancia sobre una multitud de cuestiones, y ahoga á muchas objeciones en su nacimiento.

Los obreros son libres, cuando están enfermos de consultar á uno de los tres médicos de la administración; por su declaración se les da una carta, por medio de la cual llaman al médico que han elegido, pero no pueden consultar á otros de la ciudad, al menos «gratuitamente.»

Los primeros resultados debían pues, ser muy desfavorables para la Homeopatía. Ya me lo esperaba. Sabía que, para mis primeras consultas tendría á los incurables, y, sin embargo, era preciso curar, era preciso tener éxito y era preciso, por decirlo así, hacer milagros, sin lo cual yo estaba perdido.

Mis primeras prescripciones admiraron á todo el mundo. Se habló mucho en los talleres, y la prevención contra mis polvos blancos y mis botellas de agua clara, desdichadamente se hizo general.

Me engaño, debería decir felizmente, porque mientras mayor fuera la admiración, mucho mayor sería su confianza, cuando, después de haber tomado, riendo esos pequeños «nadas,» se sintieron curados.

Podría, aquí, traer á colación una multitud de casos de curación, y entre estos casos, hay unos muy notables, puesto que dos veces me ví obligado á oponerme enérgicamente, á que se publicase el éxito en los periódicos de la localidad.

¡Qué se hubiera dicho, Dios mío, contra el pobre homeópata!

La parte adversa, «si acaso había una,» ¿podría citar un fracaso, un reves manifiesto?

No lo creo.

He tratado toda clase de enfer-

medades, principalmente, enfermedades de la piel, tumores, fiebres tifoideas, fluxiones de pecho, etc. Tengo derecho de asegurar, sobre todo, que no perdí á ningún obrero atacado de esta última afección. Las enfermedades de los niños; creo haberlas recorrido, en todas sus manifestaciones posibles.

Puedo afirmar que mi clientela, en el camino de hierro; va siempre en aumento. Puesto que somos tres médicos, la crítica más severa no puede exigir de la Homeopatía, por su parte de actividad, sino un tercio del trabajo, en este caso, me atrevo á afirmar que hago MUCHO MAS que mi parte.

¿Qué diría M. Marchal (de Calvi), si viese este hecho? Me parece oírle repetir su frase elegiaca: «Esto es extraño y doloroso, es una vergüenza para la medicina, pero así es.»

Puedo, en fin, afirmar que, desde mi primera receta hasta la última, no se hallará «ni una soía que no sea puramente homeopática.» No temo, á este respecto, la investigación más severa y minuciosa.

Además, cada mes, las recetas de los médicos son revisadas, y la comisión es bastante vigilante, para saber lo que ellas contienen, y si yo hubiera dado recetas alopáticas, no se me hubiera dejado de decir: «Señor, nosotros no tenemos

necesidad de vos como médico alópata, puesto que ya tenemos dos.»

Ahora, si yo no he curado con mis medicamentos homeopáticos, ¿con qué entonces, he obtenido mis triunfos? Podréis hacer y decir lo que gustéis, aquí el escamoté no es posible.

Ved pues, un hecho muy positivo, que me es personal, por consiguiente, me pertenece, y por lo mismo, tengo el derecho de entregarlo al viento de la publicidad.

Otro hecho muy importante es el sigue:

Nada de sangrias, sanguijuelas, purgantes, vejigatorios, cauterios, sedales, etc.

De lo que resulta, que, como los enfermos no se debilitan por el tratamiento, casi, no hay convalecencia. Ahora bien, lo que quiere el obrero, es curarse, pero curarse pronto; bajo este respecto, es tan impaciente como un republicano de los Estados Unidos, y tiene razón; porque es preciso que trabaje para alimentar á su familia; no tiene tiempo para estar enfermo, y para él, su negocio no es ir á pasear su convalecencia á la puerta de los talleres.

Consecuencia rigurosa si ellos vienen á consultarme, si el número de mis consultantes aumenta todos los días, es porque yo los he curado, y que los he curado como ellos

quieren. Por lo demás, ellos saben apreciar perfectamente todas esas ventajas, yo he recogido muchas veces sus conversaciones á este respecto.

Para debilitar todos esos triunfos, no os resta más, que decir que, yo he curado á mis obreros por la imaginación. Sea. consiento en ello, con tal que se sientan bien, ellos así lo quieren, y pagan por esto!.....

¿Os atreveríais á decir todavía, ante esos hechos, que la Homeopatía, es la medicina de las indisposiciones de lujo, de los enfermos imaginarios, de los aristócratas etc?

Quiero ahora hacer saber, que al referir todas estas cosas, no he tenido la menor intención de querer disminuir en nada el mérito de los otros dos médicos de la sociedad. Mejor que nadie, tuve la ocasión de apreciar todo su saber y todo su talento, y siempre y en todas las circunstancias de nuestra colaboración, cultivando la misma tierra, aunque con instrumentos diferentes, ellos nunca trataron de sofocar mi grano que crecía al lado del suyo. ¿Por qué en efecto, no podrá haber buena inteligencia entre los obreros que trabajan bajo el mismo sol, en el mismo campo, y por la misma cosecha?

No he referido todos estos hechos, sino para probar que la Ho-

meopatía es alguna cosa, á aquellos que dicen, que ella no es nada.

Os prevengo pues, no vayais á decir á los que curamos de sus enfermedades, que nuestra doctrina no es sino una mentira; no vayais á decir sobre todo á mis obreros del camino de fierro que ellos se engañan, y que mi agua clara y mis polvos blancos no los curan; porque os advierto que seríais muy

malrecibidos, tan mal, como si pretendiéseis probarles que la locomotora que ellos fabrican en su taller no podrá caminar nunca.

Talleyrand decía en 1821, en la cámara de los pares: «Hay uno que tiene más ingenio que Voltaire, más ingenio que cada uno de los directores, que cada uno de los ministros, pasados, presentes y futuros, ¡ES TODO EL MUNDO!»